

# Vuelco histórico

MANUEL MONTERO

El Gobierno del PP convivirá con distintas oposiciones, sin que un PSOE desgastado y en una difícilísima recomposición pueda bastar como referencia

**R**otunda victoria popular, hundimiento estrepitoso del PSOE y fragmentación de la oposición, con salto espectacular de IU, recuperación de CIU, la aparición con fuerza de Amaiur, el mantenimiento a la baja del PNV (que pierde la mayoría en el nacionalismo por primera vez en la historia), la consolidación de UPyD: esto han dado de sí las elecciones del 20-N. No es poco. Suponen un cambio de una envergadura desconocida en los últimos tiempos.

La victoria del PP ha sido completa, abrumadora. Estamos ante la cuarta mayoría absoluta que produce la democracia española (PSOE, 1982 y 1986; PP, 2000), con un número de diputados, 186, que solo supera el triunfo histórico del PSOE en 1982, cuando se fue hasta 202. Ha sido una victoria consistente, en la que el PP ha sobrepasado al PSOE en todas las autonomías menos en el País Vasco y Cataluña, pero perdiendo los socialistas la mayoría en esta, otro hecho nuevo. Hasta la Andalucía socialista ha dejado de serlo. En esta comunidad se atisba el fin del dominio del PSOE en las próximas autonómicas, que tendrán lugar en marzo: entonces se habrán acabado sus feudos.

El triunfo del PP no tiene discusión ni la derrota socialista paliativos. Se ha producido un vuelco histórico, cuyo único parangón es el que se dio en 1982, aunque las circunstancias actuales son muy distintas a las de la naciente democracia de hace treinta años. El hecho más relevante ha sido el desmoronamiento del PSOE, con la pérdida de más de tres millones de votos. En tres décadas no se había visto nada igual. No es el desplome de la UCD pero la envergadura de la debacle sugiere que no estamos ante un desliz coyuntural. Algo muy serio ha tenido que pasar para que un partido en el Gobierno experimente semejante derrumbe. Deberían tenerlo en cuenta los dirigentes socialistas: una caída de este tenor no la pueden arreglar con parches ni remiendos. Refleja que su desconexión con los electores tiene calado.

Al final, lo importante de estas elecciones es que tenderemos nuevo Gobierno y nuevo partido hegemónico, en una especie de borrón y cuenta nueva. Sin embargo, quedarán en la memoria de la democracia como las elecciones de la debacle del PSOE, con resultados incluso inferiores a los de 1977 (118 diputados) y 1979 (121), algo que no entraba ni en sus cálculos más pesimistas. Las explicaciones ya las han adelantado estos meses. Todo ha sido por la crisis, vienen a decir. Sin duda, esta ha castigado al partido del Gobierno, como está sucediendo en todos los países europeos. Pero la envergadura del desastre sugiere también que la forma en que ha afrontado la crisis, errática y sujeta a la retórica, ha tenido una influencia poderosa. ¿Ha sido por los recortes de los dos últimos años? Podría ser, pero los que ha realizado el

PP en sus autonomías, aireados por el PSOE durante la campaña como su principal baza, no han hecho mella en los populares.

Resulta verosímil que haya quebrado una forma de hacer política, la acción de gobierno atenta sobre todo a mostrar las buenas intenciones, incluso aunque se dieran de bruces con la realidad. La campaña electoral, con Rubalcaba en su intento imposible de reconducir las cosas, no ha hecho sino poner la guinda: la imagen del PSOE, recurriendo a las viejas glorias, al 'que viene de la derecha' y con los ministros casi desaparecidos, ha resultado evanescente.

Se ha producido el vuelco. Lo raro es que el cambio que ha pregonado el PP ha ganado sin que se nos explique en qué consiste. Los tiempos no están para grandes alharacas, pero apenas se ha sugerido el contenido del cambio, más allá de los anuncios de una nueva forma de gobernar, que se atenga más a las realidades concretas que a las ilusiones ideológicas: si es eso lo que se quería decir. Las maneras de Rajoy en la última legislatura lo hacen suponer. Es posible que el abandono de las

estridencias de la legislatura anterior, la de la crispación, haya tenido mucho que ver en este cambio político. El tiempo lo dirá, pero, al menos en las formas, se diría que el PP que ha ganado en 2011 no es el que perdió en 2004 y se lanzó a una suerte de agitación permanente hasta 2008.

¿La victoria de Rajoy entierra definitivamente los modos hoscos de Aznar? Resulta verosímil, pues el próximo presidente ha tenido que lidiar unos cuantos años contra sus compañeros de partido. Y ha ganado. Es posible que en tiempos de crisis la sociedad no esté para los trotes de las tensiones cotidianas: ni tiene el temor a la derecha que ha aventado el PSOE ni está por la labor de los acosos constantes. Quizás sea una sociedad más normal y adulta que la que tienden a pensar los laboratorios políticos.

Ha habido otro cambio en estas elecciones y tendrá su importancia. Se ha incrementado extraordinariamente el peso político de las minorías. El juego parlamentario –que habrá de existir, si el PP no opta por el rodillo– será más complejo. El Gobierno convivirá con distintas oposiciones, sin que un PSOE desgastado y en una difícilísima recomposición pueda bastar como referencia. Están las minorías parlamentarias con posturas muy nítidas, unos sindicatos que verosímelmente no tendrán una relación con el Gobierno como la de estos años, además del 15-M, cuyo potencial no parece agotado.

Para gestionar la delicada situación económica, el PP sale de estas elecciones con una posición sólida, pero también con un panorama social y político complejo. Con estos mimbres habrá de enfrentarse a la crisis. Definitivamente, llega una nueva época, que por diversos conceptos será de índole muy distinta a la de la última década, tras este vuelco histórico.



:: JESÚS FERRERO